

# Recuerdos del deslumbramiento: Estudios Hispánicos en mi memoria<sup>1</sup>

*Mercedes López-Baralt, Ph. D.  
Profesora Emérita  
Departamento de Estudios Hispánicos  
Universidad de Puerto Rico*

En mi formación temprana está el recuerdo de lo que me gusta nombrar con el título de un cuadro de Manet, *el almuerzo en la hierba*. Era 1946. Las pupilas de dos niñas —una morena y una rubia, como dice la zarzuela— se llenaban de azul y verde. Entre el follaje y un cielo límpido, sin nubes, se recortaba la silueta de nuestra Giraldita criolla, neobarroca: la Torre de la Universidad de Puerto Rico, ícono nacional en el que mestizaje, libertad y sabiduría se abrazan. Las dos niñas éramos Luce y yo, quienes contando con apenas dos y cuatro años, respectivamente, conocimos a nuestra Alma Mater de la mejor manera posible: en un almuerzo sobre la hierba que, como lo hacían tantas familias en aquel entonces, habían planeado nuestros padres como recreo dominical. Si en el principio nos entró por los ojos por su belleza, años más tarde —y ya como sus estudiantes— la Universidad nos seduciría por el oído, en las lecciones magistrales de sus insignes profesores. Pero lo importante es que quedamos conquistadas para siempre. Y hoy podemos decir, tras más de cuatro décadas de docencia, que le hemos dedicado lo mejor de nuestras vidas. Con una fidelidad que no ha cedido a la tentación del exilio por el lucro o por el espejismo del prestigio extranjero: afirmo

---

<sup>1</sup> Este trabajo se presentó en la Fiesta de la Lengua, jueves 26 de abril de 2018, Sala Jorge Enjuto, de 9:00 a 11:50 am.

regocijada que el Ivy League no pudo competir por estos corazones puertorriqueños.

Pero todo empezó en el número 61 de la calle Alhambra en el barrio Floral Park de Hato Rey. Año tras año, tras una succulenta cena de Nochevieja, Pepe López-Baralt reunía a su pequeña familia —su esposa, Emma Cardona y sus hijas, Merce y Luce— en torno a una antigua grabadora en la sala de la casa para hacer el recuento del año. Lo que llamaba, como buen abogado, «perpetuar memoria». Allí entrevistaba en clave de relajo —no faltaba la pipa en su boca, en plan Sherlock Holmes— a las «nenas», preguntándoles cómo les iba en la escuela, y sobre todo, si tenían novio. Ambas gritaban, furiosillas, ¡Noooo!, a lo que él ripostaba, con sorna británica: «¿Y a qué se debe ese defecto?». También comentaba con ellas la oferta radial y televisiva del momento: eran los tiempos de Bobby Capó, con sus canciones «Me lo dijo Adela», «Piel canela» y «Mataron al negro bembón», y del gran Maelo, que difundía la filosofía callejera del arrepentimiento en la frase memorable de una salsa de Cortijo: «Si yo llego a saber, que Perico era sordo... ¡yo paro el tren!». Pero las nenas exigían «Los marcianos llegaron ya», gritando alborozadas: «¡Ricachá, ricachá, ricachá, así bailan en Marte el cha-cha-chá!». Consumado el relajo, Papi sentenciaba: «Lárguense, nenas, que ahora Mami y yo vamos a recitar». Nos botaban, sí, pero circunvalábamos la sala de puntillas para escuchar el torneo poético anual que años después conservaríamos Luce y yo en cassetes y hoy, en cds. Papi recitaba «Juventud, divino tesoro» de Darío, y «Todo es póstumo y abstracto», de Herrera y Reissig, con una voz seductora que superaba la garganta aterciopelada de otro Pepe, de apellido Hierro, y Mami, con dramatismo de diva, se iba con «El Río Grande de Loíza» de Julia, el «Nocturno» de José Asunción Silva, «Los caballos eran fuertes, los caballos eran ágiles» de Santos Chocano y el «Romance de la luna luna» de Lorca. También reinaban en el torneo Palés, Neruda, Amado Nervo, Clara Lair y tantos otros poetas. No se daban cuenta nuestros padres de que al recitar, estaban llenando de poesía la cabecita de las susodichas nenas, y que sin querer queriendo, las teledirigían a su destino inevitable: el Departamento de Estudios Hispánicos. Y es que los dos fueron abogados por equivocación y humanistas por vocación. Y poetas en ciernes: les regalo dos ejem-

plos. Una metáfora de Pepe: «El silencio era tan grande que se oía a la hierba crecer». Y un haikú de despedida de Emma: «Cuento con el viento / para el aleteo de mi vuelo».

Sin embargo, ambos querían que estudiáramos medicina. ¡Se equivocó la paloma!, como diría el bueno de Alberti. Porque el primer año de básico en la Universidad de Puerto Rico tuve la gran suerte de toparme con Ivette de Lourdes Jiménez. En su curso magistral de Español me enamoré rotundamente de Lorca. Pero, obedientita, al año siguiente entré sin ganas a Ciencias Naturales. Allí casi me colgué en Física, y me aburrí hasta morir en los demás cursos. Pero el kairós me ayudó. Ya era adicta a los felinos, y cuando en el laboratorio de Biología sacaron de una nevera enorme un gato congelado para su examen inminente, allí fue ello. Me decidí a cometer el primer acto insurrecto de mi vida. En la clandestinidad, me cambié de facultad. *I had done the deed*, para invocar a Macbeth. Entonces le confesé mi fechoría a Mami, quien sufrió un ataque de histeria de bolsillo, porque a los cinco minutos me bendijo.

Así fue como entré, llena de una ilusión que nunca me abandona, al mítico y soñado Departamento de Estudios Hispánicos. Los enamoramientos no tardaron en sucederse: el Cid, el Arcipreste de Hita, el Romancero, Jorge Manrique, *La Celestina*, el *Quijote*, los dos Garcilasos, el toledano y el Inca, Rubén Darío, Neruda, el *Martín Fierro*, Palés, Lorca, Miguel Hernández y Galdós... Y es que los maestros fueron extraordinarios: Margot Arce, Pablo García Díaz, Manrique Cabrera, Ángel Luis Morales, Luis de Arrigoitia, don Pepe Ferrer Canales... Y Mariano Feliciano Fabre, que además de enseñar a Lorca, impartía la cátedra de la amistad. Por cierto, todos ellos estaban inmersos en lo que para mi hermana Luce y para mí es la mejor forma de crítica literaria, la filología. Estrenada en 1580 por Fernando de Herrera en sus estudios sobre Garcilaso de la Vega, nunca ha perdido su actualidad. La razón es obvia: se trata de una disciplina fiel a la etimología de su nombre: el amor a la palabra. Otro maestro inolvidable fue el gran lingüista Rubén del Rosario (nunca se enteró de que lo llamábamos Ruby), que no solo nos develó la magia de la ya mentada etimología, sino que, desde una moderna óptica de inclusión, nos enseñó que la erre velar

puertorriqueña no es incorrecta, y que tampoco lo son los anglicismos adaptados al español.

Por cierto, nuestro Departamento debe buena parte de su prestigio al abrazo entre España y Puerto Rico en el seno de nuestra Universidad, iniciado por Federico de Onís, al estrenar en 1927 la dirección del recién fundado Departamento de Estudios Hispánicos y más tarde, la del Seminario que hoy lleva su nombre y la de su revista. Pero mucho le debemos también a los rectores Juan B. Soto y Jaime Benítez, que generosamente le abrieron las puertas al exilio español. Aquí Francisco Ayala fundó la revista universitaria *La Torre*. Aquí Juan Ramón Jiménez escribió *Isla de la simpatía*; desde aquí salió Benítez a recoger el Premio Nóbel en su nombre; aquí murió el poeta y aquí ha servido por décadas a los investigadores la Sala Zenobia / Juan Ramón, fundada en la Universidad como homenaje a su presencia en la isla. Aquí dictó Pedro Salinas en 1943 la conferencia magistral «Aprecio y defensa de la lengua», aquí fundó con Nilita Vientós la revista *Asomante* y aquí escribió para nuestro mar *El contemplado*, frente al cual yacen sus restos. Además de los ya mencionados, nuestro Departamento recibió a españoles de la talla de Zenobia Camprubí, Ricardo Gullón, Samuel Gil y Gaya, María Zambrano, Fernando de los Ríos, Tomás Navarro Tomás, Sebastián González García, Jorge Enjuto, Jorge Guillén, Ángel Crespo, Juan Goytisolo, Rafael Alberti, Américo Castro, José Hierro, Claudio Guillén y Juan Cano Ballesta. Sin olvidar que también entraron a nuestra Universidad artistas como el pintor Carlos Marichal y el escultor Compostela. Pero como bien lo ha afirmado en su conferencia magistral de ayer la hija de este último, Carmen Vázquez Arce, a partir de su Director Antonio S. Pedreira, nuestro Departamento se puertorriqueñizó, poniendo el acento en nuestro español caribeño y en nuestra literatura. Y bajo la dirección de Concha Meléndez le abrió las puertas al horizonte hispanoamericano. De ahí, las visitas de figuras tan prominentes como Gabriela Mistral, Mario Vargas Llosa, Bryce Echenique, Ciro Alegría, Nicanor Parra, Jorge Luis Borges, Ernesto Cardenal, Ángel Rama, Alberto Escobar, Carlos Fuentes, Eduardo Galeano, Elena Poniatowska y Sergio Ramírez. Sin olvidar que le hemos otorgado el Doctorado Honoris Causa a Borges, a Vargas Llosa, a Fuentes y a Antonio Skármeta.

Y ya que hablamos de Onís, les quiero contar una anécdota. Los estudiantes habíamos quedado hipnotizados por su apasionado curso del *Quijote*, pero su voz tronante nos amedrentaba tanto como su frontalidad castiza: al alumno vago, que sin fundamento balbuceaba una nimiedad, le decía rotundo: «Cállese, que usted no sabe nada». Pero yo conocí su recia ternura, y perdonen el necesario oxímoron. Iba mucho a estudiar al Seminario, porque estaba haciendo mi tesis de maestría en *Fortunata y Jacinta* de Galdós, bajo la dirección de «Arri», el apodo secreto que le tenía a Arrigoitia. Me sentaba calladita a leer, y don Federico me rondaba con ganas de hablar. Yo lo saludaba, pero como buena «nerdita» seguía leyendo. Hasta que él se me paraba al lado y le entraba una risita. Je-je-je. Todo era un rito que se repetía una y otra vez. Me tocaba a mí pedirle que se sentara conmigo dizque para ayudarme a estudiar. Entonces me arrebataba la novela, leía en voz alta, y subrayaba ferozmente los pasajes que lo entusiasmaban con un lápiz rojo boto, rasgando varias de las páginas de mi lujosa edición de Aguilar, que les muestro aquí. En el fondo, don Federico quería pastorearme un poco. Y al hacerlo, me enseñó algo indispensable: la genial maestría coloquial del discurso galdosiano. Años después, me enteré de su generosidad para nuestro Palés Matos, no solo porque le editó su primera antología en 1957, sino porque para internacionalizarlo tan temprano como en 1934, incluyó dos de sus poemas negristas en su libro *Antología de la poesía española e hispanoamericana*.

Si los profesores que tuve fueron de primer orden, los compañeros estudiantes, ¡un lujo! Recuerdo emocionada, además de a mi hermana Luce, a mis queridos guajanos, a nuestro Ramón Luis Acevedo, a Edwin Reyes y a Hjalmar Flax (no sabía que en el futuro sería exégeta de la poesía de ambos), a Priscilla Rosario, a Susanita y Marisol Matos Freire (las hijas de Matos Paoli), que solían merendar en casa... También éramos asiduas de los bailongos en casa de Alfredito Villanueva. Con Juan Mestas, a quien intenté enseñarlo a bailar, compartí la pasión por Miguel Hernández. Siempre nos saludábamos con estos versos: «Umbrío por la pena, casi bruno, / porque la pena tizna cuando estalla...». No me imaginaba entonces que yo llegaría a escribir un libro sobre el poeta que con tanta hondura nos impactó de jovencitos.

Juanín también me cantaba coplas de su Asturias ancestral. Y todavía me las canta cuando viene a Puerto Rico: «La Virxen de Covadonga, e pequeña y galana / y aunque baxara del cielo / no hay pintor que la pintara». Todos los aquí mencionados y tantos otros son parte importante de mi vida. Porque *la amistad es lluvia de flores preciosas*, como bien lo sentenció Netzahualcóyotl en el siglo quince.

Tras culminar mi maestría estuve cuatro años en Madrid. No pude hacer mi doctorado allí, pues no me convalidaron mis estudios. Pero fui doctorándome en la vida, y sin duda, en el amor, con una concentración en la posguerra española. Conocí la maravillosa musicalización de la poesía hispánica que le debemos a Serrat y a Paco Ibáñez, con quien me amigué hace unos años y tuve el supremo deleite de cantar con él (en privado, *naturellement*) «Palabras para Julia», de José Agustín Goytisolo (para el que no lo crea, tengo fotos del evento). Tuvimos mi hermana Luce y yo el privilegio de conocer a Gabriel Celaya, a Vicente Aleixandre y al hijo de Miguel Hernández, que inspiró las «Nanas de la cebolla». Y el lujo de la amistad de Dámaso Alonso, que nos invitaba a cenar en su casa y nos permitía sobar su gato Roldán, así como la de José Hierro, quien me recitaba, en un rinconcito de la Casa del Brasil, donde vivíamos, su famoso «Requiem» (Luce publicaría décadas después dos hermosos libros sobre Pepe). Otro privilegio fue el de tomar el glorioso curso de Poesía española contemporánea con el gran Carlos Bousoño.

Regresé a Puerto Rico en 1970. Evoco con gratitud inmensa a Arcadio Díaz Quiñones, porque fue quien me invitó a volver a Estudios Hispánicos, pero ya como profesora. Y recuerdo como si fuera hoy, la reunión a la que nos convocó en su oficina (era Director del Departamento) para darnos la bienvenida a los tres nuevos profesores acabados de llegar: Luis Mercado, Ramón Luis Acevedo y yo. Luis murió pocos años después, pero con Ramón Luis la amistad ya peina canas, y cada día lo admiro más por su mente privilegiada, su sabiduría y su sempiterna bondad. Le debemos, más allá de un importante legado bibliográfico, la creación de la cátedra de Literatura Centroamericana en nuestra Universidad.

En esta mi etapa de profesorita minifaldera, no faltó nunca el aliento de los amigos que se estrenaban conmigo como colegas: Carmencita

Vázquez, Matilde Albert, María Vaquero, Félix Córdova y Luis Rafael Sánchez, a quien evoco en palabras con las que Neruda recordó a Lorca: «Era mágico y moreno, y su sonrisa traía la felicidad». Y ni decir que siempre conté con el apoyo de nuestro Ramón Luis, activo y cooperador con cuanta tesis y actividad del Departamento lo requiriera, y quien nos ameniza con su alegría y su música las fiestas navideñas. Pasado el tiempo, mis alumnos se convertirían en colegas admirados: Carmen Ivette Pérez Marín, Carmen Rita Rabell, Miguel Ángel Náter, Emilio Báez, Mayra Santos Febres, Ivette Martí Caloca, Milaysa Ramírez, Ivonne Piazza y el llorado Elizardo Martínez, entre tantísimos otros...

Y ahora, un salto de vértigo: llegamos al presente, en el que nuestra Universidad está otra vez, para citar una frase del título de la conferencia de Carmen Vázquez, como se inició: *entre huracanes y crisis económicas*. Mucho me alegra pensar, sin embargo, que nuestro Departamento está en muy buenas manos: Sofía Cardona, Fernando Feliú, Miguel Ángel Náter. Como saben los que me conocen, aunque me retiré de la Universidad en el 2010, nunca me he ido de ella ni de mi Departamento. Lo prueba este foro. Y si estuve a tiempo completo trabajando durante cuarenta años, hoy cuento con casi 48 de docencia, entre Estudios Hispánicos, el Centro de Estudios Avanzados y la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española. Como profesora activa, tanto mi Universidad como mi Departamento me apoyaron siempre con sabáticas, descargas académicas por investigación, ayuda para viajes. Antes de mi Retiro me honraron con un Doctorado Honoris Causa; tras él, con la distinción de Profesora Emeritus.

Lo que me lleva a un colofón que tiene que ver con el psicoanálisis. Si bien Freud revolucionó la disciplina, develando que la psique humana vive en perpetua guerra civil entre el consciente y el subconsciente, Jung, maestro de la esperanza (por eso soy su devota), propuso que la meta del ser no es otra que alcanzar la plenitud; es decir, cumplirse. Pues bien, mi vocación ha sido cumplida gracias a esta institución bien amada y a su Departamento estrella. Vocación que sigue en marcha a todo tren. Debo anunciar, aunque sin darles todavía el título, que Luce y yo acabamos de terminar un libro que escribimos juntas sobre poesía. Develaremos el misterio de esta gozadera sin par en breve.

Para cerrar, un salve emocionado a la docencia. Porque si me apasiona escribir, el salón de clases lleva al éxtasis, como bien lo sabe Luce. Así recuerdo mis cursos más recientes en la Yupi, y así añoro los que vendrán. Como la ceremonia íntima, casi diaria, que nos regala el aula. El rito de compartir el conocimiento, siempre tarea de equipo; la alegría de ver en otros ojos el centelleo de la dicha de saber; la palabra viva de los alumnos, tantas veces convertidos en nuestros maestros... Al salir de clase, cumplida y feliz, me saluda siempre la vieja Torre, con su esbelta silueta de minarete, recortada sobre el añil del cielo. Me llena de enorme emoción poder decir que el almuerzo sobre la hierba se ha trocado en banquete, y que está servido.